



Discipulado del corazón

Realizado por: **Kyle Bauer**

Semana 3

Agenda Diaria de la Semana 3

SEMANA 3	
Martes	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Sesión de Enseñanza con el Pastor Kyle: La Creencia Impulsa el Miedo
Miércoles	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Leer Lawrence, Practicando la Presencia de Dios, "Conversaciones 2-3"
Jueves	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Tríada: Discutir John Wesley, preguntas 9-12
Viernes	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa
Sábado	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Leer Tozer, La Búsqueda de Dios, "Asidos a Dios"
Domingo	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Ir a la iglesia
Lunes	15 min. Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa Tríada: Discutir Thomas Á Kempis La Naturaleza humana versus la Gracia de Dios, 11-15

Martes

- Sesión de Enseñanza con el Pastor Kyle: La Creencia Impulsa el Miedo

Miércoles

- Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa (15 minutos)
- Lee Lawrence, **Practicando la presencia de Dios**, Conversaciones 2-3

La práctica de la presencia de Dios

Extracto de La Práctica de la Presencia de Dios
Por el hermano Lawrence (1614-1691)

SEGUNDA CONVERSACIÓN

Lawrence dijo que siempre había sido dirigido por el amor sin pensar en sí mismo. Resolvió hacer del amor de Dios la meta de todas sus acciones. Se había convencido de que este método era el mejor camino. Se complacía cuando podía recoger una pajita de la tierra por el amor de Dios, buscándolo solo a Él y nada más, ni siquiera Sus dones.

Por mucho tiempo estuvo preocupado por el pensamiento de la condenación. Nadie en el mundo podría haberlo persuadido de lo contrario. Pero luego razonó dentro de sí de esta manera: "No entré en la vida religiosa por ninguna razón excepto por el amor de Dios, y me he esforzado por vivir solo para Él. Por lo tanto, sea lo que sea que suceda de mí después de la muerte, ya sea que esté perdido o salvo, siempre continuaré actuando puramente por el amor de Dios. Al menos tendré este consuelo; que hasta la muerte habré hecho todo lo que hay en mí para amarlo".

Este pensamiento problemático duró cuatro años, durante los cuales sufrió mucho. Pero desde entonces vivió su vida en perfecta libertad y alegría continua. Él colocó sus pecados entre él y Dios, por así decirlo, diciéndole a Dios que no merecía Su bondad. Pero Dios aún continuó otorgándosela en abundancia.

Para formar el hábito de continua comunión con Dios y someter todo lo que hacemos, primero debemos hacer un esfuerzo especial. Después de un tiempo descubrimos que Su amor nos inspira interiormente para hacer todas las cosas por Él con más facilidad.

Esperaba que después de días agradables, tendría su parte de dolor y sufrimiento. No estaba preocupado por eso. Sabía muy bien que no podía hacer nada por sí mismo, y Dios no dejaría de darle la fuerza para soportarlos.

Cuando surgía la ocasión de ejercer alguna virtud, se comprometía con Dios, diciendo: "Señor, no puedo hacer esto a menos que Tú me capacites". Luego recibió fuerza más que suficiente.

Cuando falló en su deber, simplemente confesó su falta a Dios, diciendo: "Nunca haré otra cosa si me dejas solo; Ayúdame a no caer y arreglar lo que está mal en mí". Habiendo orado de esta manera, no lo pensó más.

El dijo que debemos relacionarnos con Dios con la mayor sencillez, hablándole franca y llanamente, e implorando Su ayuda en nuestros asuntos a medida que suceden. En su experiencia, Dios nunca dejó de concederle ayuda.

Recientemente había sido enviado a Borgoña para comprar una cantidad de vino para el monasterio. Esta fue una tarea muy desagradable para él, porque no tenía cabeza para los negocios. Además, era cojo, y no podía moverse alrededor del bote excepto rodando sobre los barriles. Sin embargo, no se preocupó por ello, ni por la compra del vino. Le dijo a Dios que era asunto suyo en el que estaba, y luego descubrió que hizo este encargo muy bien. Había sido enviado a Auvernia el año pasado por el mismo negocio, y también parecía funcionar bien.

Lo mismo podía decirse de su trabajo en la cocina (al que tenía una aversión natural). Procedió a hacer todo allí por el amor de Dios, orando continuamente por la gracia de Dios para hacer bien su trabajo. De esta manera había encontrado todo fácil durante los quince años que había estado empleado allí.

Estaba muy satisfecho con la posición en la que se encontraba ahora. Pero él estaba tan listo para dejar este trabajo, si se trataba de eso. Siempre se divirtió sin importar lo que estuviera haciendo porque hizo todo, incluso las cosas más pequeñas, por el amor de Dios.

Los tiempos establecidos de oración no eran diferentes para él que otros tiempos. Se recluyó para orar, de acuerdo con las instrucciones de su superior. Pero no necesitaba tal soledad, ni la pedía. Incluso el trabajo más ocupado no lo distrajo de su comunión con Dios.

Sabía que tenía la obligación de amar a Dios en todas las cosas, y se esforzó por hacerlo. Por lo tanto, sentía que no necesitaba un director espiritual que lo aconsejara, pero necesitaba mucho un confesor para absolverlo. Era muy consciente de sus faltas, pero no se desanimaba por ellas. Confesó sus faltas a Dios, pero no le suplicó que los excusara. Cuando terminó la confesión, reanudó suavemente su práctica normal de amor y adoración.

Cuando estaba preocupado, no consultaba a nadie. Sabía a la luz de la fe que Dios estaba presente, y se contentó con dirigir todas sus acciones hacia Él. Hizo todo con la intención de agradar a Dios, y no se preocupó por las consecuencias.

"Los pensamientos inútiles estropean todo", dijo. Todos los problemas comenzaron allí. Debemos dejar ir tales pensamientos tan pronto como seamos conscientes de ellos. No tienen valor ni para la vida ni para la salvación. Debemos regresar rápidamente a nuestra comunión con Dios.

Al principio, a menudo había usado su tiempo señalado de oración rechazando los pensamientos errantes y volviendo a caer en ellos. Pero nunca pudo regular su vida devocional usando disciplinas espirituales como lo hacen algunas personas. Comenzaría meditando por un tiempo, y luego lo dejaría de lado y reanudaría su relación natural con Dios de una manera que no podía describir.

Dijo que todas las disciplinas y ejercicios espirituales corporales son inútiles. Todo lo que se necesita para llevarnos a la unión con Dios es amor. Había reflexionado mucho sobre este tema, y llegó a la conclusión de que el camino más corto hacia Dios era ir directamente a Él mediante un ejercicio continuo de amor y hacer todo por Su causa.

Es importante discernir la diferencia entre los actos del entendimiento y los de la voluntad. La comprensión con la mente es de poco valor. La intención del corazón es muy importante. Debemos preocuparnos sólo por amarnos y deleitarnos en Dios.

Todo tipo de disciplinas espirituales, si están vacías del amor de Dios, no pueden eliminar un solo pecado de nuestras vidas. Debemos, sin ansiedad, aceptar que todos nuestros pecados han sido perdonados por la sangre de Jesucristo. Desde esta perspectiva, somos libres de buscar solo amarlo con todo nuestro corazón. Podemos consolarnos en el hecho de que Dios parece conceder la mayor gracia a los pecadores más grandes como signos de Su gran misericordia.

Dijo que los mayores dolores o placeres de este mundo no deben compararse con lo que había experimentado de ambos tipos en la vida espiritual. No le preocupaba nada y no temía nada. Su único deseo es no ofender a Dios.

Él no se condenó a sí mismo cuando pecó. Él dijo: "Cuando fallo en mi deber para con Dios, inmediatamente lo reconozco, diciendo: 'Todo lo que hago es pecar, y nunca haré otra cosa en mi mismo'. Si hago algo bien, doy gracias a Dios y reconozco que todo lo bueno que hago viene de Él".

TERCERA CONVERSACIÓN

Lawrence me dijo que el fundamento de su vida espiritual era un concepto elevado y la reverencia de Dios en la fe. Una vez que se estableció en esta elevada concepción de Dios, no tuvo otro plan que rechazar fielmente cualquier otro pensamiento, a fin de poder hacer todas las cosas por el amor de Dios. A veces, cuando se daba cuenta de que no había pensado en Dios por un tiempo, no se preocupaba por ello. Después de reconocer su miseria a Dios, regresó a Él con una confianza aún mayor en Él, impulsado por el hecho de que se sentía tan miserable de haberlo olvidado.

La confianza que ponemos en Dios lo honra grandemente y atrae grandes bendiciones. Dijo que era imposible que Dios engañara. También dijo que Dios no permitiría que un alma, que está perfectamente entregada a Él y comprometida a soportar todo por Su causa, sufra por mucho tiempo.

A menudo había experimentado la guía de la Gracia Divina en muchas ocasiones. Basado en esa experiencia, cada vez que tenía negocios que hacer, no lo pensaba de antemano. Cuando llegó el momento de hacer algo, miró a Dios. Podía ver claramente, como si estuviera mirándose en un espejo perfecto, exactamente lo que Dios quería que hiciera. Más recientemente lo hizo naturalmente, sin siquiera pensarlo, pero anteriormente había utilizado la técnica más intencionalmente en sus tareas.

Cuando el ajetreo externo lo desviaba un poco de la conciencia de Dios, un nuevo recuerdo venía de Dios y consumía su alma. Esta presencia de Dios lo inflamó y transportó tanto que le resultó difícil contenerse.

Dijo que estaba más unido a Dios en su trabajo externo, que cuando lo dejó por devoción en reclusión. Esperaba que en algún momento en el futuro experimentará un gran dolor de cuerpo o mente. Lo peor que le podía pasar era perder ese sentido de la presencia de Dios, que había disfrutado tanto tiempo. Pero la bondad de Dios le aseguró que no lo abandonaría por completo, y que le daría fuerza para soportar cualquier mal que permitiera que le sucediera. Por lo tanto, no temía nada, y no tenía ninguna razón para consultar a nadie sobre su estado. Cuando había intentado hablar con alguien al respecto, siempre había salido más perplejo. Debido a que siempre estaba listo para dar su vida por el amor de Dios, no tenía miedo al peligro.

Dijo que la entrega perfecta a Dios era un camino seguro al cielo, y en esta entrega siempre tuvimos suficiente luz para nuestra conducta. Al comienzo de la vida espiritual, debemos ser fieles en cumplir con nuestro deber y negarnos a nosotros mismos. Después de eso, siguieron placeres indescriptibles. En las dificultades sólo tenemos que volvernos a Jesucristo y suplicar Su gracia, y entonces todo se hizo fácil.

Muchas personas no avanzan en la vida cristiana, porque se atascan en penitencias y ejercicios espirituales particulares. Descuidan el amor de Dios, que es la meta. Esto se podía ver claramente por sus obras, y fue la razón por la que vemos tan poca virtud sólida.

La vida espiritual no es ni un arte ni una ciencia. Para llegar a la unión con Dios, todo lo que uno necesita es un corazón decididamente decidido a aplicarse a nada más que a Él, no hacer nada más que por Su causa, y amarlo solamente.

Jueves

- Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa (15 minutos)
- Tríada: Revisar las preguntas de responsabilidad de John Wesley 9-12
 - ¿Estoy disfrutando de la oración?
 - ¿Cuándo fue la última vez que hablé con alguien acerca de mi fe?
 - ¿Oro acerca del dinero que gasto?
 - ¿Me acuesto a dormir en la noche a tiempo y me levanto a tiempo?
- Preguntas de discusión:
 - ¿Por qué son importantes estas preguntas?
 - ¿Qué dicen sobre mi vida y mis hábitos?
 - ¿En qué me siento desafiado, o descubierto, por estas preguntas aparentemente infantiles?

Viernes

- Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa (15 minutos)

Sábado

- Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa (15 minutos)
- Lee Tozer, La Búsqueda de Dios, 47-56

Percibir a Dios

Extracto de La Búsqueda de Dios

Por A.W. Tozer (1897-1963)

Oh, prueben y vean.—Sal. 34:8

Fue el canónigo Holmes, de la India, quien hace más de veinticinco años llamó la atención sobre el carácter inferencial de la fe del hombre promedio en Dios. Para la mayoría de la gente, Dios es una inferencia, no una realidad. Es una deducción de la evidencia que consideran adecuada; pero Él permanece personalmente desconocido para el individuo. "Debe ser", dicen, "por lo tanto, creemos que lo es". Otros ni siquiera van tan lejos como esto; sólo saben de Él de oídas. Nunca se han molestado en pensar el asunto por sí mismos, sino que han oído hablar de Él de otros, y han puesto la creencia en Él en el fondo de sus mentes junto con las diversas probabilidades y fines que conforman su credo total. Para muchos otros, Dios no es más que un ideal, otro nombre para la bondad, o la belleza, o la verdad; o Él es ley, o vida, o el impulso creativo de los fenómenos de la existencia.

Estas nociones acerca de Dios son muchas y variadas, pero quienes las sostienen tienen una cosa en común: no conocen a Dios en la experiencia personal. La posibilidad de conocerlo íntimamente no ha entrado en sus mentes. Aunque admiten Su existencia, no piensan en Él como cognoscible en el sentido de que conocemos cosas o personas. Los cristianos, sin duda, van más allá de esto, al menos en teoría. Su credo requiere que crean en la personalidad de Dios, y se les ha enseñado a orar: "Padre nuestro, que estás en los cielos". Ahora la personalidad y la paternidad llevan consigo la idea de la posibilidad de conocerse personalmente. Esto se admite, digo, en teoría, pero para millones de cristianos, sin embargo, Dios no es más real de lo que es para los no cristianos. Van por la vida tratando de amar un ideal y ser leales a un mero principio. Sobre toda esta nebulosa vaguedad se encuentra la clara doctrina bíblica de que Dios puede ser conocido en la experiencia personal. Una personalidad amorosa domina la

Biblia, caminando entre los árboles del jardín y respirando fragancia sobre cada escena. Siempre una Persona viva está presente, hablando, suplicando, amando, trabajando y manifestándose cuando y donde Su pueblo tenga la receptividad necesaria para recibir la manifestación.

La Biblia asume como un hecho evidente que los hombres pueden conocer a Dios con al menos el mismo grado de inmediatez que conocen a cualquier otra persona o cosa que entra dentro del campo de su experiencia. Los mismos términos se usan para expresar el conocimiento de Dios que se usan para expresar el conocimiento de las cosas físicas. "Oh, *prueba* y mira que el Señor es bueno". "Todas tus vestiduras *huelen* a mirra, y aloes, y casia, fuera de los palacios de marfil". "Mis ovejas *oyen* mi voz". "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos *verán* a Dios". Estos son sólo cuatro de los innumerables pasajes de la Palabra de Dios. Y más importante que cualquier texto de prueba es el hecho de que toda la importancia de la Escritura es hacia esta creencia.

¿Qué puede significar todo esto, excepto que tenemos en nuestros corazones órganos por medio de los cuales podemos conocer a Dios tan ciertamente como conocemos las cosas materiales a través de nuestros cinco sentidos familiares? Aprendemos el mundo físico al ejercer las facultades que se nos han dado para ese propósito, y poseemos facultades espirituales por medio de las cuales podemos conocer a Dios y al mundo espiritual si obedecemos el impulso del Espíritu y comenzamos a usarlas.

Que una obra salvadora debe hacerse primero en el corazón se da por sentado aquí. Las facultades espirituales del hombre no regenerado yacen dormidas en su naturaleza, sin usar y para todo propósito muertas; Ese es el golpe que ha caído sobre nosotros por el pecado. Pueden ser vivificados a la vida activa de nuevo por la operación del Espíritu Santo en la regeneración; ese es uno de los beneficios inconmensurables que recibimos a través de la obra expiatoria de Cristo en la cruz.

Pero los mismos hijos rescatados de Dios: ¿por qué saben tan poco de esa habitual comunión consciente con Dios que las Escrituras parecen ofrecer? La respuesta es nuestra incredulidad crónica. La fe permite que nuestro sentido espiritual funcione. Donde la fe es defectuosa, el resultado será la insensibilidad interna y el entumecimiento hacia las cosas espirituales. Esta es la condición de un gran número de cristianos hoy en día. No es necesaria ninguna prueba para apoyar esa afirmación. No tenemos más que conversar con el primer cristiano que encontramos o entrar en la

primera iglesia que encontramos abierta para adquirir todas las pruebas que necesitamos.

Un reino espiritual yace a nuestro alrededor, envolviéndonos, abrazándonos, totalmente al alcance de nuestro ser interior, esperando que lo reconozcamos. Dios mismo está aquí esperando nuestra respuesta a Su Presencia. Este mundo eterno cobrará vida para nosotros en el momento en que comencemos a contar con su realidad.

Acabo de utilizar dos palabras que exigen una definición; o si la definición es imposible, al menos debo aclarar lo que quiero decir cuando las uso. Son "reconocimiento" y "realidad".

¿Qué quiero decir con *realidad*? Me refiero a aquello que tiene existencia aparte de cualquier idea que cualquier mente pueda tener de ella, y que existiría si no hubiera mente en ninguna parte para entretener un pensamiento de ella. Lo que es real tiene que ser en sí mismo. No depende del observador para su validez.

Soy consciente de que hay quienes aman burlarse de la idea de la realidad del hombre común. Son los idealistas que hacen girar pruebas interminables de que nada es real fuera de la mente. Son los relativistas a los que les gusta mostrar que no hay puntos fijos en el universo desde los cuales podamos medir nada. Nos sonríen desde sus elevadas cumbres intelectuales y nos acomodan a su propia satisfacción al fijarnos el reprochable término "absolutista". El cristiano no se pone fuera de semblante por esta muestra de desprecio. Él puede sonreírles de nuevo, porque sabe que sólo hay Uno que es Absoluto, que es Dios. Pero también sabe que el Absoluto ha hecho este mundo para los usos del hombre, y, aunque no hay nada fijo o real en el último significado de las palabras (el significado aplicado a Dios) para *cada propósito de la vida humana, se nos permite actuar como si existiera*. Y todo hombre actúa así, excepto los enfermos mentales. Estos desafortunados también tienen problemas con la realidad, pero son consistentes; insisten en vivir de acuerdo con sus ideas de las cosas. Son honestos, y es su propia honestidad lo que los convierte en un problema social.

Los idealistas y relativistas no son enfermos mentales. Demuestran su solidez viviendo sus vidas de acuerdo con las mismas nociones de realidad que en teoría repudian y contando con los puntos fijos que prueban que no están allí. Podrían ganarse mucho más respeto por sus nociones si estuvieran dispuestos a vivir de acuerdo con ellas; Pero esto tienen cuidado de no hacer. Sus ideas son profundas en el cerebro, no en la vida. Dondequiera que la vida los toque, repudian sus teorías y viven como otros hombres.

El cristiano es demasiado sincero para jugar con ideas por su propio bien. No le complace el mero giro de las telarañas para su exhibición. Todas sus creencias son prácticas. Están orientados a su vida. Por ellos vive o muere, se mantiene o cae por este mundo y por todos los tiempos venideros. Del hombre insincero se aleja.

El hombre sencillo y sincero sabe que el mundo es real. Lo encuentra aquí cuando despierta a la conciencia, y sabe que no pensó que existiera. Estaba aquí esperándolo cuando vino, y él sabe que cuando se prepare para abandonar esta escena terrenal estará aquí todavía para despedirse de él cuando se vaya. Por la profunda sabiduría de la vida es más sabio que mil hombres que dudan. Se para sobre la tierra y siente el viento y la lluvia en su rostro y sabe que son reales. Ve el sol de día y las estrellas de noche. Ve el relámpago caliente jugar fuera de la nube de tormenta oscura. Oye los sonidos de la naturaleza y los gritos de alegría y dolor humanos. Estos él sabe que son reales. Se acuesta en la tierra fría por la noche y no teme que resulte ilusorio o le falle mientras duerme. Por la mañana, el suelo firme estará debajo de él, el cielo azul sobre él y las rocas y árboles a su alrededor como cuando cerró los ojos la noche anterior. Así que vive y se regocija en un mundo de realidad.

Con sus cinco sentidos se involucra en este mundo real. Todas las cosas necesarias para su existencia física las aprehende por las facultades con las que ha sido equipado por el Dios que lo creó y lo colocó en un mundo como este.

Ahora, según nuestra definición, también Dios es real. Él es real en el sentido absoluto y final que nada más lo es. Toda otra realidad depende de la Suya. La gran Realidad es Dios, que es el Autor de esa realidad inferior y dependiente que constituye la suma de las cosas creadas, incluyéndonos a nosotros mismos. Dios tiene una existencia objetiva independiente y aparte de cualquier noción que podamos tener acerca de Él. El corazón adorador no crea su Objeto. Lo encuentra aquí cuando despierta de su sueño moral en la mañana de su regeneración.

Otra palabra que debe aclararse es la palabra *calcular*. Esto no significa visualizar o imaginar. La imaginación no es fe. Los dos no solo son diferentes, sino que se oponen fuertemente entre sí. La imaginación proyecta imágenes irreales fuera de la mente y busca adjuntarles realidad. La fe no crea nada; simplemente cuenta con lo que ya está *allí*.

Dios y el mundo espiritual son reales. Podemos contar con ellos con tanta seguridad como contamos con el mundo familiar que nos rodea. Las cosas espirituales están ahí (o más bien deberíamos decir *aquí*) invitando nuestra atención y desafiando nuestra confianza.

Nuestro problema es que hemos establecido malos hábitos de pensamiento. Habitualmente pensamos en el mundo visible como real y dudamos de la realidad de cualquier otro. No negamos la existencia del mundo espiritual, pero dudamos que sea real en el sentido aceptado de la palabra.

El mundo de los sentidos se entromete en nuestra atención día y noche durante toda nuestra vida. Es clamoroso, insistente y auto demostrativo. No apela a nuestra fe; Está aquí, asaltando nuestros cinco sentidos, exigiendo ser aceptado como real y final. Pero el pecado ha nublado tanto las lentes de nuestros corazones que no podemos ver esa otra realidad, la Ciudad de Dios, brillando a nuestro alrededor. El mundo de los sentidos triunfa. Lo visible se convierte en enemigo de lo invisible; lo temporal, de lo eterno. Esa es la maldición heredada por cada miembro de la trágica raza de Adán.

En la raíz de la vida cristiana se encuentra la creencia en lo invisible. El objeto de la fe cristiana es la realidad invisible.

Nuestro pensamiento no corregido, influenciado por la ceguera de nuestros corazones naturales y la ubicuidad intrusiva de las cosas visibles, tiende a establecer un contraste entre lo espiritual y lo real; pero en realidad no existe tal contraste. La antítesis está en otra parte: entre lo real y lo imaginario, entre lo espiritual y lo material, entre lo temporal y lo eterno; pero entre lo espiritual y lo real, nunca. Lo espiritual es real.

Si queremos elevarnos a esa región de luz y poder que claramente nos llama a través de las Escrituras de la verdad, debemos romper el hábito malvado de ignorar lo espiritual. Debemos cambiar nuestro interés de lo visible a lo invisible. Porque la gran Realidad invisible es Dios. "El que viene a Dios debe creer que él es, y que él es un recompensador de los que diligentemente lo buscan". Esto es básico en la vida de fe. Desde allí podemos elevarnos a alturas ilimitadas. "Creéis en Dios", dijo nuestro Señor Jesucristo, "creed también en mí". Sin el primero no puede haber segundo.

Si realmente queremos seguir a Dios, debemos buscar ser de otro mundo. Esto lo digo sabiendo bien que esa palabra ha sido usada con desprecio por los hijos de este mundo y aplicada al cristiano como una insignia de reproche. Que así sea. Cada hombre debe

elegir su mundo. Si nosotros, que seguimos a Cristo, con todos los hechos ante nosotros y sabiendo de qué se trata, elegimos deliberadamente el Reino de Dios como nuestra esfera de interés, no veo ninguna razón por la que alguien deba objetar. Si perdemos por ello, la pérdida es nuestra; Si ganamos, no robamos a nadie al hacerlo. El "otro mundo", que es el objeto del desdén de este mundo y el tema de la canción burlona del borracho, es nuestra meta cuidadosamente elegida y el objeto de nuestro anhelo más sagrado.

Pero debemos evitar la falla común de empujar al "otro mundo" hacia el futuro. No es futuro, sino presente. Es paralelo a nuestro mundo físico familiar, y las puertas entre los dos mundos están abiertas. "Habéis venido", dice el escritor a los hebreos (y el tiempo está claramente presente), "al monte Sión, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a una innumerable compañía de ángeles, a la asamblea general y a la iglesia del primogénito, que están escritas en el cielo, y a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de los justos perfeccionados, y a Jesús, mediador del nuevo pacto, y a la sangre de la aspersion, que habla cosas mejores que la de Abel". Todas estas cosas se contrastan con "el monte que podría ser tocado" y "el sonido de una trompeta y la voz de las palabras" que podrían ser escuchadas. ¿No podemos concluir con seguridad que, así como las realidades del Monte Sinaí fueron aprehendidas por los sentidos, así las realidades del Monte Sión deben ser captadas por el alma? Y esto no por ningún truco de la imaginación, sino en franca realidad. El alma tiene ojos para ver y oídos para oír. Débiles pueden ser por un largo desuso, pero por el toque vivificante de Cristo vivo ahora y capaz de la vista más aguda y la audición más sensible.

A medida que comenzamos a enfocarnos en Dios, las cosas del espíritu tomarán forma ante nuestros ojos internos. La obediencia a la palabra de Cristo traerá una revelación interna de la Deidad (Juan 14:21-23). Dará una percepción aguda que nos permitirá ver a Dios incluso como se promete a los puros de corazón. Una nueva conciencia de Dios se apoderará de nosotros y comenzaremos a saborear, escuchar y sentir interiormente al Dios que es nuestra vida y nuestro todo. Se verá el brillo constante de la luz que ilumina a cada hombre que viene al mundo. Cada vez más, a medida que nuestras facultades se Revisitan más agudas y seguras, Dios se convertirá para nosotros en el gran Todo, y Su Presencia en la gloria y maravilla de nuestras vidas.

Oh Dios, vivifica a la vida todo poder dentro de mí, para que pueda aferrarme a las cosas eternas. Abre mis ojos para que pueda ver; dame una percepción espiritual aguda; permíteme saborearte y saber que eres bueno. Haz que el cielo sea más real para mí de lo que cualquier cosa terrenal haya sido jamás. Amén.

Domingo

- Desintoxicación: Reúne, Reflexiona, Escribe, Revisita, Actúa (15 minutos)
- Ir a la Iglesia

Lunes

- Desintoxicación: 15 min.
- Tríada: Leer y discutir las observaciones de Thomas À Kempis: “Naturaleza vs. Gracia”.
 - La naturaleza humana se centra en el cuerpo, las vanidades de la vida y las preocupaciones por uno mismo, mientras que la gracia da la espalda a todo lo que se interpone en el camino de Dios.
 - La naturaleza humana acepta gustosamente cualquier consuelo que satisfaga los sentidos, mientras que la gracia busca el consuelo solo en Dios.
 - La naturaleza humana está motivada por la ganancia egoísta, mientras que la gracia no busca otra recompensa que Dios.
 - La naturaleza humana se deleita en amigos y parientes, mientras que la gracia ama a todos y se centra en los sabios y virtuosos en lugar de en los poderosos y ricos.
 - La naturaleza se queja rápidamente de las necesidades y los problemas, mientras que la gracia soporta la pobreza resueltamente.
- Preguntas de discusión:
 - ¿Qué es lo común entre todas estas afirmaciones?
 - ¿Cuál es la diferencia entre las recompensas/comodidades de Dios y las recompensas/comodidades de esta vida?
 - ¿Cuál de estas declaraciones me desafió más? ¿Por qué?